

Gobernar: The Journal of Latin American Public Policy and Governance

Volume 4 | Issue 6

Article 3

October 2020

Los horrores del siglo XX y un mensaje optimista al siglo XXI*

Isaiah Berlin

Oxford University, lgarciaj@eafit.edu.co

Follow this and additional works at: <https://orb.binghamton.edu/gobernar>

Recommended Citation

Berlin, Isaiah (2020) "Los horrores del siglo XX y un mensaje optimista al siglo XXI*," *Gobernar: The Journal of Latin American Public Policy and Governance*: Vol. 4 : Iss. 6 , Article 3.

Available at: <https://orb.binghamton.edu/gobernar/vol4/iss6/3>

This Article is brought to you for free and open access by The Open Repository @ Binghamton (The ORB). It has been accepted for inclusion in *Gobernar: The Journal of Latin American Public Policy and Governance* by an authorized editor of The Open Repository @ Binghamton (The ORB). For more information, please contact ORB@binghamton.edu.

Los horrores del siglo XX y un mensaje optimista al siglo XXI*

Isaiah Berlin

“Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos”. Con estas palabras inicia Charles Dickens su famosa novela *Historia de dos ciudades*. Sin embargo, no puede decirse lo mismo, tristemente, de nuestro terrible siglo XX. Durante miles de años los hombres se han destruido unos a otros, pero incluso los actos de Atila el Huno, Gengis Kan, Napoleón (quien implementó por primera vez los asesinatos en masa en la guerra) y las masacres de armenios, palidecen hasta la insignificancia ante la Revolución Rusa y sus repercusiones: la opresión, la tortura y el asesinato que se amontonan a los pies de Lenin, Stalin, Hitler, Mao y Pol Pot; además de su falsificación sistemática de la información que durante años impidió conocer esos horrores incomparables. Sin importar lo que pudieran pensar quienes creen en el determinismo histórico, no fueron desastres naturales sino crímenes humanos prevenibles que se hubieran podido evitar.

Hablo con particular emoción porque estoy muy viejo y he vivido a lo largo de casi todo el siglo XX. Mi vida ha sido pacífica y segura, lo cual casi me avergüenza en vista de lo ocurrido a tantos otros seres humanos. No soy historiador así que carezco de autoridad en materia de las causas de esos horrores, sin embargo, podría intentar aproximarme.

Desde mi perspectiva los horrores no se ocasionaron por los habituales sentimientos humanos negativos, como los llamó Spinoza: temor, avaricia, odio tribal, celos y amor al poder, aunque, desde luego, desempeñaron su malvado papel. En nuestro tiempo, los horrores han surgido de las ideas o, más bien, de una idea en particular. Resulta paradójico que Karl Marx, quien restó importancia a las ideas en comparación con las fuerzas sociales y económicas impersonales transformara el siglo XX con sus escritos, tanto en la dirección que proponía como, por reacción, en sentido opuesto. El poeta alemán Heinrich Heine nos pide en una de sus famosas obras que no subestimemos al callado filósofo sentado en su estudio. Si Kant no hubiera destruido la teología, afirmó, quizá Robespierre no hubiera decapitado al rey de Francia.

Heine predijo que discípulos armados de los filósofos alemanes –Fichte, Schelling y los otros padres del nacionalismo alemán– arrasarían algún día con los grandes monumentos de Europa Occidental en una oleada de destrucción fanática que haría parecer a la Revolución Francesa un juego de niños. Esto puede sonar injusto para los metafísicos alemanes, pero la idea central de Heine me parece válida: en una forma envilecida, la ideología nazi tuvo raíces en un pensamiento que se oponía a la Ilustración alemana. Hay hombres capaces de matar y mutilar con la conciencia tranquila bajo la influencia de las palabras y los escritos de quienes tienen la certeza de saber cómo alcanzar la perfección.

DOI: 10.22191/gobernar/vol4/iss6/1

* Traducción de Leonardo García Jaramillo. El 25 de noviembre de 1994, Berlin aceptó el Doctorado Honorario en Derecho por la Universidad de Toronto. Preparó este “breve credo” (como lo llamó en una carta a un amigo) para la ceremonia durante la cual fue leído en su nombre. Publicado originalmente en *The New York Review of Books* (Oct. 23, 2014). Se publica con la autorización del editor.

Permítanme explicarme. Si alguien está realmente convencido de que existe alguna solución para todos los problemas humanos y de que puede concebirse una sociedad ideal realizable tan solo haciendo lo necesario, entonces esa persona y sus seguidores creerán que ningún precio es demasiado alto para abrir las puertas de tal paraíso. Una vez que se expongan algunas simples verdades solo los estúpidos y los malvados opondrán resistencia. Quienes se resistan deberán ser persuadidos y, si no es posible, habrá que promulgar leyes para contenerlos; si eso tampoco funciona, se ejerce la coacción, y si es necesario la violencia, el terror, las masacres. Lenin creyó esto tras leer *El capital* y siempre profesó que si era posible crear una sociedad justa, pacífica, feliz, libre y virtuosa a partir de los métodos que defendía, entonces el fin justificaba cualquier método que tuviera que emplearse, literalmente, cualquiera.

*

La convicción fundamental que subyace a esta posición es que las preguntas centrales de la vida humana, individual o social, tienen una respuesta verdadera que puede descubrirse y que puede y debe implementarse, y que quienes la han encontrado son líderes cuya palabra es ley. La idea de que a todas las preguntas genuinas corresponde solo una respuesta verdadera es una noción filosófica muy antigua. Los grandes filósofos atenienses, judíos y cristianos, los pensadores del Renacimiento y del París de Luis XVI, los radicales franceses reformistas del siglo XVIII y los revolucionarios del XIX, sin importar todo lo que pudieran discrepar acerca de esa respuesta o cómo descubrirla (y guerras sangrientas se libraron por ello), estaban convencidos de haberla descubierto y de que solo la perversión y la estupidez humanas podrían obstruir su realización.

Esta es la idea que deseaba exponer y quiero decirles que es falsa. No solo porque difieren las soluciones otorgadas por distintas escuelas de pensamiento social, y ninguna de ellas puede demostrarse a través de métodos racionales, sino por una razón más profunda. Pese a su total -o casi total- universalidad, los valores centrales que han regido la vida de la mayor parte de la humanidad, en tantas épocas y naciones extraordinarias, no siempre resultan armoniosos entre sí.

Los seres humanos siempre han anhelado libertad, seguridad, igualdad, felicidad, justicia, conocimiento, etc., pero la libertad absoluta no es compatible con la igualdad absoluta: si se fuera completamente libre, los lobos estarían en libertad de comerse a las ovejas. La igualdad perfecta significa que las libertades humanas deben restringirse para que a los más capaces y dotados no se les permita avanzar más que quienes inevitablemente perderían si hubiese competencia. La seguridad, y desde luego, las libertades, no pueden preservarse si se permite la libertad de subvertirlas. De hecho, no todos buscan seguridad o paz, pues de otro modo algunos no buscarían gloria en la batalla o en deportes peligrosos.

La justicia siempre ha sido un ideal humano, pero no es del todo compatible con la misericordia. La imaginación creativa y la espontaneidad, maravillosas en sí mismas, no pueden reconciliarse del todo con la necesidad de planeación, organización y cálculo responsable. El conocimiento, la búsqueda de la verdad –la más noble de las ambiciones– no es compatible del todo con la felicidad o con la libertad que tanto deseamos, pues incluso si supiera que padezco una enfermedad incurable eso no me hará más feliz o más libre. Debemos elegir siempre entre la paz y la agitación, entre el conocimiento y la dichosa ignorancia, entre otros dilemas.

Entonces, ¿qué debe hacerse para contener a los defensores, a veces muy fanáticos, de uno u otro de estos valores, quienes tienden a pisotear al resto, tal como los grandes tiranos del siglo XX pisotearon la vida, la libertad y los derechos humanos de millones de personas porque fijaban su mirada en un futuro dorado definitivo?

Me temo que no tengo una respuesta contundente que ofrecer: solo que si queremos realizar estos valores humanos por los cuales vivimos, es necesario establecer compromisos, compensaciones, medidas para evitar que suceda lo peor: tanta libertad por tanta igualdad; tanta expresión individual por tanta seguridad; tanta justicia por tanta conmiseración. Mi punto es que algunos valores entran en conflicto: nuestra naturaleza común crea los fines que perseguimos, pero su realización tiene que controlarse en cierto grado. La libertad y la búsqueda de la felicidad, repito, pueden no ser del todo compatibles entre sí, como tampoco lo son la libertad, la igualdad y la solidaridad.

Es preciso entonces ponderar y medir, negociar, comprometernos y evitar destruir una forma de vida por quienes la rechazan. Solo sé muy bien que esta no es una bandera por la cual los jóvenes entusiastas e idealistas deseen marchar; parece demasiado aburrida, demasiado razonable, demasiado burguesa y no suscita grandes emociones. Pero, deben creerme, no se puede tener todo lo que se desea, no solo en la práctica sino incluso en teoría. Negarlo, buscar un solo ideal omnicomprensivo porque se crea el único y verdadero para la humanidad, conduce invariablemente a la coerción y luego a la destrucción y al derramamiento de sangre (los huevos se quiebran pero el omelette no aparece, solo hay un número finito de huevos, de vidas humanas, listas para romperse. Y, al final, los idealistas apasionados olvidan el omelette y solo siguen quebrando los huevos).

Me alegra advertir que hacia el final de mi larga vida comienza a surgir cierta realización de lo dicho. La racionalidad y la tolerancia, bien raras en la historia de la humanidad, no se desprecian ya. La democracia liberal se está expandiendo, a pesar de todo, a pesar del mayor azote moderno de nacionalismo fanático y fundamentalista. Las grandes tiranías están, o estarán, en ruinas. Incluso en China, el día no está muy lejano. Me alegra que ustedes, a quienes me dirijo, encontrarán en el siglo XXI una época que creo solo puede ser mejor para la humanidad de lo que fue mi terrible siglo XX.

Quiero felicitarlos por su buena suerte. Lamento no llegar a ver ese futuro brillante que, estoy convencido, vendrá. Con toda la melancolía que atraviesa este discurso, me agrada terminar con una nota de optimismo. Hay realmente muy buenas razones para pensar que está justificada.